

Frente libertario

Madrid, 25 febrero de 1939

Editado por el Comité de Defensa Confederal, del Centro, Serrano, 111

NUMERO 714

FRENTE POPULAR ANTIFASCISTA

Todos y todo dentro de él

En todas partes se destaca la necesidad ineludible e imperiosa de que lo particular se supedita a lo general, el interés privado a la conveniencia común; a toda hora se proclama que la situación no admite, no ya pugnas, sino ni siquiera divergencias, y que los problemas que tenemos planteados sólo podrán ser resueltos mediante la unidad de acción de todos los antifascistas, que han de tener idénticos derechos, iguales deberes, la misma facultad de gestión e idéntica responsabilidad.

Al Movimiento Libertario le parecen muy bien todas estas frases; pero desea, y hará todo lo posible por lograrlo, que tales frases sean la semilla de una buena realidad. Nosotros queremos hechos. De palabras, buenas o malas, indistintamente, ya estamos hartos. Creemos llegado el momento de las precisas y fuertes realidades, el momento de la acción de guerra, la hora de poner en vías de realización los buenos propósitos y las felices iniciativas.

Si es necesaria la unidad de acción de todo el antifascismo, vamos a propugnarla creando un organismo que la determine y la dirija.

El Gobierno y el pueblo, en un régimen como el nuestro, se necesitan mutuamente y deben estar en relación. Relación responsable para uno y para otro, y de conjunto por lo que hace a los sectores diversos del antifascismo. No es conveniente que el Comité superior de cada Organización o de cada Partido se mueva, cerca del Gobierno, independientemente de los demás. Preferible sería que el Gobierno se relacionase, como decimos, responsablemente con todos ellos a la vez, a través del Comité Nacional del Frente Popular Antifascista, organismo que, visto desde el lado del Gobierno o desde el del pueblo, indistintamente, inspiraría la máxima confianza en todos los órdenes.

He ahí algo que nadie puede recusar y que todos estimamos necesario. Su creación no encontraría --nosotros, así lo creemos-- obstáculo alguno, y su actividad podría producir, de encauzarse adecuadamente, numerosos beneficios a la seguridad política general, a la confianza pública y a la decisión de resistir que todos tenemos.

Para quien cumple su obligación

El momento de peligro dura tanto como la guerra misma

Se oye decir en la retaguardia, con excesiva frecuencia, que estamos en un momento de peligro, y, a fuerza de oírlo, llega uno a preguntarse si quienes lo dicen saben lo que es la guerra. Esta es una anomalía peligrosa, desde el principio al fin. Quien la vive como hay que vivirla, que es de cara a la amenaza de muerte que se alzó ante nuestro pueblo, siempre está en riesgo, y en cualquier momento puede sucumbir. Afirmar reiteradamente que la hora actual es muy grave, que nos encontramos en un trance difícil, etc., casi equivale a descubrir que quien lo afirma con tanta insistencia ha vivido de la guerra o de la revolución en vez de vivir para ellas, y mide la peligrosidad de la situación por el riesgo que pueda correr ahora su vida, y no por el que aceche a la de los demás.

Quienes viven como hay que vivir, de cara a la muerte, toda la guerra, a la que se han entregado, es un dramático momento de peligro. Había riesgo, en las jornadas sangrientas de julio de

1936, para todos cuantos espontáneamente cogimos un fusil y nos lanzamos a luchar contra el fascismo, como había habido peligro antes, al luchar en las filas proletarias contra el aparato represivo del Estado-gendarme: peligro de quedarse uno sin trabajo, de ir a la cárcel, de ser apaleado, de ser objeto de miserables difamaciones, de caer asesinado en cualquier sitio, y peligro, después de morir en el asalto a los cuarteles sublevados, o en el intento de establecer los primeros frentes, o al afirmar la resistencia antifascista en los primeros parapetos...

Para el combatiente, para el antifascista que sabe cumplir sus obligaciones, para el defensor de la libertad que es fiel a sus deberes, siempre hay peligro. ¿No había riesgos en Madrid durante los días de tormento y de victoria de Noviembre? ¿No lo había en los combates del Jarama, de Brihuega, de Brunete, del Ebro, de la campaña del Norte? ¿No los hay todos los días en las trincheras donde nuestros soldados

saben, sobre sufrir toda suerte de privaciones, enfrentarse con el invasor? Si cayeron millares y millares de compañeros por defender nuestra causa; y si medio millón de combatientes arriesgan constantemente su vida en los puestos de vanguardia, ¿quién puede estremecerse, detrás, porque su propia existencia esté en peligro?

Victoria que no se puede lograr sin sacrificios; victoria que no supone salvar la vida privada de nadie, sino defender a todo trance la causa de todos. Ocurra lo que ocurra, para quien cumple su deber siempre hay el mismo peligro; pase lo que pase, ningún ánimo se debe destemplar, nadie puede negarse al sacrificio y, mientras dure la guerra, todos debemos entregarnos a nuestras obligaciones, aunque servir las nos cueste sucumbir como otros muchos sucumbieron antes.

DE UNA VEZ

Vamos a entendernos

Es verdaderamente absurdo e irritante que al cabo del tiempo se tengan que pronunciar las palabras que encabezan estas líneas.

Desde el principio de la lucha planteada al pueblo español por la sublevación de los generales de su ejército, ayudados por el fascismo internacional, ha demostrado aquél el pueblo español, su decisión firme e inquebrantable de luchar hasta el final, sin medir, ni tasar el número y la importancia de sus esfuerzos.

Durante tres años, el pueblo español, sin desmayos, sin dudas ni reservas, se entregó por entero a defender con las armas en la mano la causa de su liberación y de su independencia. Los contratiempos habidos, en vez de restarle ánimos, fueron, por el contrario, poderosos estimulantes, que elevaron la energía de su coraje para la lucha, hasta el grado de resistencia y sacrificio que asombra al mundo. El pueblo español, sencillamente, ha cumplido con su deber.

Los particularismo y las hegemonías partidistas nos apartan y alejan de la meta donde deseamos llegar.

Sepamos resolver los grandes problemas que son base de nuestra resistencia y que lo serán de nuestra victoria: el problema del abastecimiento en su engranaje perfecto con el transporte, al que aun no se le ha delimitado en sus funciones; las futuras labores del campo, y el posible aumento de la producción siderometalúrgica. Estos son los problemas que interesan y no la situación de los partidos en el plano de la política. El pueblo ya ha cumplido con su deber, que los demás cumplan con el suyo.

Visado por la censura

MARTE Y MERCURIO

La verdad se suele encontrar en algunos dichos populares. Dichos, tan concisos, que en una sola creación gramatical, encierran la mayor parte de las veces, esa verdad tan buscada por los filósofos en las montañas ingentes de sus volúmenes impresos.

Es popular y es una verdad incontestable, aquello que dice: "Cria buena fama y échate a dormir, etc., etc."

Cuando a la tragedia y al drama se le secan y acaban las lágrimas, por ley natural de la reacción, aparece la tímida sonrisa del humorismo; de aquel humorismo que está de vuelta de todo, lo mismo de lo bueno que de lo malo.

Estas lucubraciones pseudofilosóficas, nos las sugiere en la seriedad de nuestros momentos, el recuerdo del mitológico Marte: tabú de las batallas. La relumbrante coraza, espejo donde miran la bisutería de sus medallas los grandes guerreros de la Historia; el reluciente casco, símbolo de dureza en la cabeza, el gesto adusto y la mirada dura y cortante del dios de la guerra, hicieron de él y le dieron fama de temible.

Todos achacan a Marte ser el que abre la puerta a los fatídicos jinetes que cabalgan, allí donde la paz entre los hombres deja de existir.

Fama esta de Marte, debida únicamente a la rigidez formidable de su aspecto guerrero; caso parecido al del pobre hombre con imponentes barbas e imponentes gafas, que aunque él no quiera, tiene que acabar siendo un sabio, según lo solemne de su aspecto y por creencia popular.

Tenemos, sin embargo, a Mercurio, el dios de los tenderos y de los grandes trusts, con sus alas tobilleras, raudas en busca de comisión o tanto por ciento, que goza de una mayor simpatía plástica, que le acarrea mejor fama.

Esto no es razonable ni justo: Por el año 14, cuando Mercurio apadrina a la industria germana, que con el "Made in Germani" se introducía en todas las plazas comerciales, pudimos observar que la vieja Inglaterra, frunciendo el ceño ante la incompetencia, y en el forcejeo del tanto por ciento en el que Mercurio no cedía, se decidió a tirar de los hilos del guñol de la política europea, en la cual la tocó el magnífico y brillante papel de quijote y paladín. Esto, claro está, después de despertar al pobre Marte, que no dejaba de ser hostigado por Mercurio y diplomáticamente enardecido por los intereses de la reina de los mares.

Hoy, como ayer, este pacífico Mercurio ante a la busca y captura de dividendos y territorios que explotar, y tal vez sean, no tardando mucho, los mismos personajes e intereses del año 14 los que en el forcejeo de la ganancia y por la intransigencia de Mercurio, hagan intervenir a Marte, que, al fin y al cabo, no es más que el que sufre las consecuencias del pacífico pero intrigante Mercurio con su fama de honrado comerciante.

Hoy más que nunca con el heroico pueblo de Iberia

La Historia es quien confirma, como en todas las guerras el triunfo pertenece a la última batalla.

El momento crítico que está atravesando la España antifascista es uno de los más salientes de la guerra que hace más de treinta meses se desarrolla en esta viril y heroica tierra.

Todavía no se ha dicho la última palabra, y son millones y millones los trabajadores, que tanto en la zona invadida como en la nuestra, hacen cuanto pueden en una comunidad de esfuerzos, de inteligencias y de sangre, para destruir la traición y el imperialismo fascista. Y todos luchan y lucharán al grito de: ¡Viva la España libre!

Nuestras palabras no las dicta un optimismo inconsciente. El hecho paralelo del actual lo registra la Historia que no puede ser olvidada, y que presenta en diferentes épocas, la maravillosa trayectoria del heroísmo sin igual que caracteriza al auténtico pueblo español. Nunca se podrá olvidar cómo en muchas ocasiones, se derrotó a los ejércitos invasores de la época romana y de la época napoleónica. En fin, nadie podrá olvidar cómo el 18 de julio, casi sin armas, frente a las mejores divisiones de la traición, este mismo pueblo desarticuló el bien estudiado complot de los vendidos al fascio, en Madrid, en Barcelona y en Valencia y en todo lugar donde se inició la sublevación.

Este mismo pueblo, cada día que pasa redobla su trabajo; ocupa su puesto en la milicia, en la fortificación y se apresta con todos los medios de su propia abnegación y heroísmo a dete-

ner la marcha destructora de los traidores y aplastar a los mercenarios de Hitler y Mussolini.

Esta es la realidad. Espectáculo grandioso, que hiere con su magnífico ejemplo, la cobardía de muchos y la indiferencia de los más. Este ejemplo tiene que remover las más íntimas fibras de todo antifascista, y de todo hombre amante de la libertad en estos momentos decisivos.

No son éstos, seguramente, los momentos de contemplar serenamente esta tragedia y este heroísmo, como si se tratara del destino de toda la humanidad, lo que se está debatiendo en este continente.

Ha sonado la hora en la que todos los proletarios, todos los hombres que se dicen libres o que quieren serlo, formen con todas sus fuerzas una potente retaguardia mundial del proletariado y se movilice en pleno en una solidaridad activa y efectiva, hacia los combatientes de las libertades humanas. Esta es la hora de las afirmaciones y nada más.

O cómplices de la más infame barbarie dictatorial, o solidarios con toda decisión y con todo entusiasmo para salvaguardar los sacrosantos derechos de nuestros hermanos, que luchan virilmente en Madrid, en Levante y en Extremadura contra los sanguinarios totalitarios.

Que cada cual cargue con su propia responsabilidad, y que cada hombre consciente preste su trabajo y esfuerzo en defensa de la España libre, en donde se está dando la gran batalla por las libertades de todos.

VOCES DE LA CALLE

Viejas glorias

Vivía España su siglo de oro, de oro porque un Eraso, un Lope, un Calderón, un Cervantes y un Quevedo, en las letras; con un Velázquez, un Murillo y un "Greco" en las artes, enriquecían nuestro patrimonio espiritual; de oro, porque la joven América enviaba sin cesar naves cargadas de ese preciado metal.

Un genio infernal, hijo de un Marte hecho emperador, gobernaba un colosal imperio, el mayor que conocieron los siglos; y en la Península Ibérica, el corazón de aquel gigantesco cuerpo —Castilla— desangrada, vivía gracias a un prodigio de su asombrosa vitalidad.

Españoles luchaban en América, añadiendo cada día nuevas tierras a la Corona española; españoles defendían Nápoles, Sicilia y otras tierras italianas, dependientes del cetro hispánico; españoles ocupaban la pequeña y pujante nación portuguesa, para completar por las armas la unidad ibérica; españoles surcaban el grande Océano para descubrir lejanas islas para España, y españoles guerreaban incesantemente en Flandes, para sujetar la posesión de aquellos ricos Países Bajos, que tanta sangre española regó. Y España, la reina de los mares, la de los poderosos ejércitos, la de los famosos generales —Juan de Austria, Alba, Farnesio, Espinola—; España, la reina del oro, moría lánguidamente de pobreza colectiva; aquellas galeras de oro sacadas a América y cuyos naturales poco a poco empezaban a odiarnos, eran insuficientes para sostener tantas guerras y para alimentar tantos ejércitos,

mientras, el pueblo expoliado moría de indigencia en Castilla y León, en Aragón y Cataluña, en Andalucía y Levante, mientras nuestros soldados sacrificaban sus vidas por someter a hombres extranjeros que no querían atarse al yugo de un soberano extraño, que en Castilla yugulaba sus Cortes, en Aragón aplastaba sus fueros, en Cataluña les hizo arrinconar sus Usatges, y en toda España extendía su despótico mando.

El campo abandonado, la agricultura muerta, las industrias paralizadas, el comercio no existía, faltaban brazos, las guerras ocupaban muchos que abandonaban los útiles de labor y trabajo para coger la pica o el mosquete, otros marchaban lejos de España a probar fortuna en las Indias occidentales, y, sobre todo, aquella monstruosidad a que dió lugar el fanatismo religioso de la época: la expulsión de los moriscos, en cuyas manos estaba el cultivo de los campos, la explotación de las industrias y la práctica del comercio.



EJERCITO DE TIERRA.—Sin novedades dignas de interés en los distintos frentes.

En aquel siglo XVI, siglo de oro, las gentes morían de hambre en las ciudades y en los pueblos, los campesinos se negaban a vender los productos guardándolos para comer ellos, ya que el dinero no les servía para nada; para traer comida a Madrid tuvieron que salir una macabra comitiva compuesta por el verdugo y varios correchetes para requisar víveres a viva fuerza; el rey y los nobles no dudaban en saquear un poblado con tal de proporcionarse alimentos; más de 20.000 campesinos fueron desposeídos de sus tierras, teniendo que ir a mendigar a la corte o errar vagabundos por los campos y pueblos pidiendo limosna o muriendo de inacción en sus casas deshechas, sin ajuar ni comestibles. Andalucía, la bella, quedaba desierta, más de 5.000 casas fueron abandonadas. Madrid sintió el hambre con todas sus horribles consecuencias y cientos de personas morían por no poder comer; tristemente célebre se hizo el caso de muchas familias que para dar sustancia al caldo del cocido, sumergían cada día en el pushero, sacado en una jaula de alambre, un trozo de tocino.

Esas eran nuestras viejas glorias.

EL SISTEMA DEL SALARIO

(Continuación.)

Y continuando así, se incluye al banquero que presta al industrial el dinero de otras personas, el gran comerciante, el corredor o viajante, el agiotista y otros intermediarios, todos los cuales tienen su tajada de la faena del obrero.

El excedente, entonces —un décimo del valor real de la labor del obrero— es "su" parte, su sueldo.

¿Puedes, ahora, conjeturar por qué el sapiente Proudhon dijo que "las propiedades del rico son propiedades robadas"? Hurtadas al productor, al obrero.

¿No parece extraño que un tal estado de cosas pueda ser permitido?

Sí, de verdad que es muy extraño. Y lo más extraño de todo es que todo el mundo lo considera así y nada hace por evitarlo. Peor aún, los mismos trabajadores nada hacen contra esto. Porque la mayoría de ellos piensan que todo va bien, y que es bueno el sistema capitalista.

Y es porque los trabajadores no ven lo que les está sucediendo. No comprenden que están siendo robados. El resto del mundo comprende también muy poco acerca de esto y cuando algún hombre honrado trata de informarlos, le gritan "¡Anarquista!" y lo encierran en una prisión.

Desde luego, los capitalistas están muy satisfechos con el sistema capitalista. ¿Por qué no iban a estarlo? Ellos devienen ricos mediante el sistema. Así, tú no puedes esperar que "ellos" digan que no es bueno.

(Continuará.)

(De "El A B C del Comunismo Libertario", de Berkman.)

Leed "CASTILLA LIBRE"

S. U. de las I. del R. y A. G.—C. N. I.



Ante la quiebra de la política del apaciguamiento, para desdoro del político mediocre que les salvó a los ingleses

A marchas forzadas nos vamos acercando al borde del abismo. De nada sirvieron los propósitos apaciguadores, principales estímulos para encontrarnos en la encrucijada temible: la sumisión o la guerra. De nada sirvió desmoralizar a Europa, romper el equilibrio europeo, rasgar todos los derechos y normas, contravenir todos, absolutamente todos, aquellos principios y reglas por las cuales Europa pudo invadir —penetrar se llamó a esta acción imperial— los territorios más fructíferos de África y Asia. Para llegar a este desenlace se habló tanto de apaciguamiento, de pacíficos anhelos, de convivencia. Para encontrarnos con esta realidad, temible como pocas veces contempló ninguna época, se habló después, inmediatamente después de la vergonzosa entre munequesa, de una inteligencia permanente entre Inglaterra y Alemania. Triste juego el de los políticos blandengues y arteros y el de los dictadores toscos y brutales, alcañaleros de la general cobardía. Y ahí está aquel apaciguamiento, exaltado por el hombre que aceptó el papel humillante de pacificador del Continente, mientras los frutos de su política menguada revelan la impudicia y la irritación.

¡Pacificar a los violentos, a los provocadores, entregándoles baratamente posiciones fundamentales de esta Europa amenazada! ¡Pacificar a los que viven del chantaje, con entregarles pueblos atados de pies y manos, con la consiguiente distanciamiento de la influencia francobritánica de aquellas pequeñas potencias que tanto creyeron en París y Londres, para trasladarse hacia Berlín y Roma, en vista de que el camino seguido con las pequeñas potencias sacrificadas por los pacificadores era suficiente para que reflexionaran sobre su destino si continuaban creyendo en las buenas palabras de tan pobres estadistas, maniobreros de la cosa pública más que gobernantes, para ludibrio de los hombres que se creyeron que ser ingleses y franceses era suficiente para que merecieran las dos potencias el respeto que alcanzaron a lo largo de centurias! La decepción no ha podido ser más concluyente, y ahí está, sin que nada pueda desfigurar los hechos: Italia tomará, por las buenas o por las malas, lo que un día proclamaron en la Cámara italiana los diputados fascistas, con la aquiescencia de Mussolini, negada por Ciano; pero confirmada luego en la calle y en la Universidad, en las escuelas de párvulos y en las columnas de la Prensa italiana, que dice ahora, dando un mentís a toda la política de concesiones vergonzosas que esmalta la obra de Chamberlain: "Si Italia no recibe los territorios franceses que le pertenecen, los tomará sin permiso de nadie." Y en caso de un mediador para satisfacer las ansias irredentistas italianas, advertir no sería el Runciman el primer ministro británico, sino el "führer".

Y en el Extremo Oriente, agravando el mal que envuelve a esta Europa acorreada, culpable de cuatro crímenes colectivos, el Japón reta a las nueve potencias, impone su ley en las Concesiones internacionales de Shanghai y amenaza a las autoridades con hacer justicia dentro de las mismas si éstas no se pliegan a los designios intolerables del envalentonado Gobierno nipón.